

O SUXEITO POSMODERNO

POR TXITO HAUSER

En su libro, R. Baceiredo dibuja una línea de fuerza argumentativa que representa muy bien su interesante propuesta de actualidad. Confluye la reflexión ético-sociológica, la crítica en el ámbito de la comunicación y una fundamentación filosófica basada en el estudio del cerebro humano. El primer nudo de la argumentación consiste, digamos nosotros a grosso modo, en la diferenciación de dos tipos de percepción. Ya desde el principio, la autora se detiene en la explicación de la percepción como un fenómeno holístico: no una recepción pasiva, sino una actividad del conjunto de las partes (los órganos involucrados, hasta el plano celular), en una mezcla de biología y cultura, de tal forma que "o ver devén activo", "sentimos situacións" y "o cerebro elabora realidade". Aún así, la autora ve a bien defender un cierto grado de "lateralidad": "pódese entender o funcionamento neuronal dun xeito lateralizado establecendo como lindes desta "especialización" a complementariedade dos circuitos" (p. 29). En efecto, esa diferencia resultará imprescindible para explicar "complementariamente" el tipo de percepción que prima hoy en día y los mensajes de los medios de información y comunicación. En un complejo recorrido por la historia y evolución de los medios audiovisuales, la publicidad y en general las artes plásticas, se perfila una nueva condición del espectador, o sujeto contemporáneo. "Con este modo televisivo que opta pola saturación sensorial e pola crebadura estrutural impídeselle operar á visión periférica ao non poder varrer a pantalla buscando datos: a visión focal ten entón que resultar trepidante para manter pendente ao espectador" (p. 56).

Abundante es la información y bien recogida en la primera parte del libro, que nos adentra en los pormenores de la actividad neurobiológica. La percepción es una condición global del ser humano, una alambicada maquinaria de sentidos destilados. "Percibir é, xa que logo, conceder estruturación, significado

ao estímulo" (p. 33). Superado el dualismo empirista - la distinción entre impresiones e ideas -, los matices se hacen mucho más sutiles, el vocabulario pasa a ser científico. Pero en el ensayo se aprecia la fuerza de la interdisciplinariedad. El diagnóstico de una sociedad espectacular contextualiza oportunamente el enfoque conductista renovado con la noción de espectador. En una sociedad del espectáculo evidenciamos enseguida la preponderancia de la visión en el total de la percepción. Y que esta visión sea focal, esto es: atenta a los estímulos, con "actos de fijación" concentrados por instinto en el centro ocular. La visión periférica sería, por contra, la perspectiva de salón: esto es, la percepción de la situación real más allá de la estimulada/simulada (el televisor cara a cara). A la visión periférica se asocian los procesos de la parte alta del cerebro: procesos asociativos, memoria y reflexividad, e interviene para completar las "lagunas perceptivas" de la visión focal. Así distinguimos dos aspectos de la percepción, si bien esta sigue siendo el fenómeno global que conlleva "complementariedad de dos circuitos". El cierto grado de lateralización perceptiva va parejo, nembargantes, con un cierto grado de alienación comunicativa y social.

En el último capítulo de la segunda parte - "Como percibe, como é o suxeito contemporáneo" -, la autora habla de un "isomorfismo empático no espectador e isto sustenta a resonancia do aparello simbólico-cultural no propio suxeito" (p. 68). Desde una primera lectura, me he visto tentado por interpretar el isomorfismo como sincronía, pero temo que esa interpretación sea *demasiado* hermenéutica. Recordemos a Heidegger: "La percepción no es una modalidad de la conducta que el hombre posea como cualidad sino al contrario: es aquel suceso que posee al hombre" (1999, p. 131). La hermenéutica contemporánea se ha desprendido incluso de los arquetipos jungianos para hablar de un imaginario simbólico que tiene el carácter transpersonal y universal (ontológico). Es decir: si la percepción es la situación existencial o la experiencia en general, los significados deberían tener un valor simbólico. Es el triángulo hermenéutico, según Nietzsche que "los hechos son interpretaciones". J. Baudrillard, en su "*Sistema de los objetos*", aclara que los símbolos pasan a ser signos en cuanto adquieren posición-relación en el seno de un sistema: los

objetos tienen significado en cuanto signos, y estos lo tienen dentro de un sistema de consumo. "El consumo de los signos" y "Estética y consumo" son los respectivos subtítulos de las obras de Baudrillard y de Baceiredo. La interpretación del isomorfismo como sincronía es, a mi modo de ver, un lance filosófico latente en el ensayo. Se trata, como no podía ser menos, de establecer qué es real y objetivo y cómo convivimos nosotros con eso. Según la autora, "o desenvolvemento tecnolóxico aplicado aos modos de representación visual está determinando a experiencia do espectador" (p. 57) Y más adelante, suscribiendo a Deleuze, aboga por "empregar as posibilidades do cinema e, en xeral, do audiovisual, para xerar novos circuitos neuronais, ampliando e enriquecendo deste modo a experiencia do espectador" (p. 69). Por fin, en un pulso asumiadamente valiente, nos invita a considerar su particular "becoming-woman" como condición fluida del sujeto nómada. La autora podrá encontrar una fuente de diálogo al respecto en la obra de Camille de Toledo.

Porque, ¿en qué medida se puede pensar una alternativa? "O individuo non quere saber, quere crer". Desde luego que Baceiredo no hace afirmaciones gratuitas y su ensayo recoge las opiniones de los pensadores más sugerentes del panorama actual: Barthes, Foucault, Jameson, etc. De alguna manera, parece que el isomorfismo tiene la fuerza de la persuasión, y los análisis sociológicos de Foucault o de Baudrillard cuentan con un notable prestigio de objetividad, además de cualificación ontológica. El propio Baudrillard se refiere a ello a propósito de la obra de Foucault, describiendo su escritura como una espiral en espejo que atrapa al autor (2002). "A vida non ten máis sentido que o que se lle outorga dende o aparato económico (...)" es la condición del sujeto-espectador posmoderno. Quisiera detenerme en este punto, porque creo que aquí se pone en juego la más sincera motivación crítica del ensayo. ¿Estamos realmente libres, en posibilidades y consecuencias, de una forma de vida marcada por pautas de control? Matrix expone bien el caso de una pitonisa que pudiera ser un programa de control: capaz de adivinar los deseos y la voluntad del elegido, del que elige. También el presente ensayo ofrece una inquietante proyección de nosotros mismos: atrofiados de "visión periférica", nos veríamos sujetos a una percepción instintiva/estimulativa que se asocia a la

comunicación de mercado, significando sus deseos en los objetos de consumo. Alienados, porque desintegrados como individuos: un justo fondo de nihilismo posmoderno. ¿Somos verdaderamente responsables en el consumo? ¿Son los deseos y caprichos industriales, maquínicos y bélicos, deseos humanos, que podamos reconocer? Si la experiencia se va restringiendo a la espectacular de los sujetos máquinas-deseantes: ¿cómo podemos pensar en una alternativa, cuando los medios ya están atrofiados? Este diagnóstico me resulta desolador: ¿cómo sustraerse a la unívoca dirección que están tomando las cosas? (La autora también actualiza a Marcuse) Antes de captar el ethos del ensayo, creo que su dimensión crítica se juega aquí. La autora va más lejos incluso: "Por último, cómpre sospeitar que nin sequera existe o que teóricamente sustenta o sistema: a liberdade de mercado" (p. 61). Una consideración tan amplia que merece ser atendida.

El conflicto del terror ha dado lugar a una enquistada diatriba para la clase política española: una vez asumida la confrontación entre el estado de derecho y los terroristas, surge otra cuestión: ¿Es el conflicto de naturaleza política? La política se hace en el parlamento y el terrorismo con las armas. ¿Pero entonces no existe el conflicto? Hay quien estaría dispuesto a responder que no, ya que el sí es la postura de la izquierda abertzale. En lo que a mí respecta, estoy dispuesto a funcionar siempre bajo mínimos, en este caso a nivel verbal, ya que entiendo que sí existe *este* conflicto: los límites de la acción política, bajo mínimos los límites del lenguaje. Dos no discuten si uno no quiere. Creo que en este ensayo se produce un fenómeno parecido al del conflicto: es a propósito de la posmodernidad. ¿Existe la posmodernidad? Esta, como la otra, es una pregunta totalmente manoseada; nos produce hastío tener que contestarla. ¿Es la posmodernidad aquella sincronía empática de lo maquínico-deseante? Como siempre, es más fácil ver los defectos de tu vecino antes que los tuyos; si no sabemos decir exactamente qué es la posmodernidad, al menos sí hemos estudiado la modernidad. Esta se caracteriza esencialmente por la concepción lineal del tiempo que amadrina. Siempre que se entiende la posmodernidad como aquello que viene después de la etapa moderna, se está cayendo en un esquema lineal del tiempo, se está siendo consecuente con los presupuestos modernos. Recuerdo a Feuerbach en este punto, como en otros, donde

demonstró plenamente estar en el centro de la cuestión: "Para que exista una filosofía verdaderamente nueva, es decir, independiente, y que responda a las necesidades de la humanidad y del porvenir, es absolutamente indispensable que se distinga de la vieja filosofía *según la esencia*" (1976, p. 97). Lo traigo al recuerdo, retomando el hilo conductor, a propósito de lo que sigue avanzando la autora, tras lo que hasta aquí hemos dicho: "(...) para non ser gobernada con ideoloxías ou relixións, requeriría sermos suxeitos autónomos, creadores, dotadores, xeradores, moi distantes do suxeito que pasou a ser elemento dun todo que é o mercado" (p. 49). No pretendo sacar las cosas de quicio, sino ofrecer los resultados de mi lectura. Me llama la atención, en esa afirmación, el uso del tiempo verbal: "pasou a ser (...) que é (...)". El sujeto ya no es como era, en un mundo que ahora es... como es, nos gustaría decir. La autora prefiere hablar de "o suxeito posmoderno".

Reconozco que mi crítica puede resultar de lo más ingenua. Preguntaría: ¿yo soy un sujeto posmoderno? Y aún así sospecharía de la respuesta: ¿de cuáles, de los momias o de los creadores? ¿Y los poderosos, quiénes son? ¿Quiénes son aquellos que "controlan" la máquina de control? De acuerdo, nada nos aporta entrar en retóricas pseudo-teológicas. En una reseña de este mismo ensayo que aparecía hoy en la prensa, resaltaban que, en palabras de la entrevistada, no pretendía sentar cátedra (hacer profecías). Y la creo, porque en ello está su mérito; Nietzsche recomendaba a los filósofos venideros ser esquivos. Ilusionismo, o arte de la prestidigitación, palabras mayores. No obstante, ¿por qué ese retorno, ese regreso? "Seremos suxeitos autónomos, creadores, dotadores, xeradores (...)", y más adelante "suxeitos xenuínos": "Débese construir unha conciencia que flúa ao ritmo de real, atopar a estabilidade no movemento, nadar no *linde borroso entre a lucidez dun suxeito liberado de mitos e a plenitude dunha alma que abraza a inconmensurable vibración do instante ...*" (p. 75, el subrayado es de la autora). De acuerdo, perfectamente, y con bonitas palabras, aunque Wittgenstein supo hablar de todo esto sin decir ni mu. Y además, por la otra banda, de frente, Deleuze: fluir mundano, tecnología ecológica, y una responsabilidad de mastodonte. Posmodernidad es consecuencia de la modernidad, es la vieja esperanza que no se pierde nunca. ¿En cuál de ellas estamos? Supongo que la dificultad de

esperar una realidad verdaderamente nueva tiene que ver con el desencanto de las revoluciones emprendidas. ¿Es la posmodernidad una etapa realmente nueva? Y si lo es verdaderamente, ¿qué comparte con la modernidad, y si no cómo aprehenderla? Por lo general, y creo que también aquí es el caso, se entiende la posmodernidad como consecuencia de su etapa anterior, y el porvenir, por tanto, como consecuencia (inevitable, ciega) de la posmodernidad. El sujeto máquina-deseante deleuziano. Dialéctica de las alternativas. Libres de elegir entre las dos determinaciones lateralizadas: o A o B. O te conviertes en sujeto del sistema o te haces sujeto autónomo. ¿Nada nuevo bajo el sol?

"Der Zeit ihre Kunst, der Kunst ihre Freiheit". E. Gombrich, cuyo criterio siempre nos guiará entre tanto desconcierto, habla del arte moderno como el arte de la revolución permanente. También habla del modernismo; categoría que, a mi gusto, sugiere tal vez más que la de barroco, con las relecturas que se han hecho de este término. En cuanto al arte de nuestra época, si es que estamos en una época determinada, dice: "Todos los artistas que se benefician hoy de ese derecho nuevo a la diversidad rechazarían la etiqueta de 'posmoderno'" (1992, p. 495). ¿Una mera disputa conceptual? Sí, por cierto. En la tercera y última parte de su ensayo, Baceiredo hace un repaso de las tendencias artísticas vigentes y describe una estética (un ethos ascético). Nosotros, suxeitos posmodernos, construimos nuestra realidad hombro con hombro con Kandinsky, con Tarkowsky o con Artaud. Rastreando en cualquier época encontraremos una senda escapatoria: "pero no temas del camino, vigila más bien quién te acompañe", nos previene aquella anciana que marcha a contracorriente. Y poco más hay que añadir. Para gustos, colores.

Por último, las mejores páginas: "Neuroestética: a creación no corpo". El cuerpo ya no es lo que nos pertenece como sujetos, depósito de nuestra identidad, sino un "espacio" o apertura de múltiples oportunidades, un trasfondo horizontal. Efectivamente, la complementariedad perceptiva, más allá de los grados de especialización (de identidad), es ontológica; como poder describir, en términos científicos, la "pauta que conecta" biología y cultura. El cuerpo es posibilidades de sentidos; los sentidos en cuanto tales: actos y obras

que los expresan. Los movimientos del cuerpo pasan a ser gestos con significado. En ese baile, se alcanza la "profundidad hermenéutica". "A afectación que acaece en ese estado de "subxetividade sen suxeito" no corpo a nivel atómico (...) só responde a unha pegada interior que xa non é pensamento do suxeito, senón "pensamento de pensamento"" (p. 101-102, citando en la segunda parte a C. Lispector). Yo creo fehacientemente en esas palabras, y en las posibilidades hermenéuticas en general. Soy defensor de un idealismo sin sujeto. ¿Una etiqueta más? Sí, pero de las que se les pone a las cosas para asignarles un valor.

Bibliografía:

- Baudrillard, J., 2002.: *Olvidar a Foucault*, Ed. Pre-Textos, Valencia.
- Feuerbach, L., 1976: *La filosofía del porvenir*, Ed. Roca, México.
- Gombrich, E., 1992: *Histoire de l'art*, Ed. Flammarion, Paris.
- Heidegger, M., 1999: *Introducción a la metafísica*, Ed. Gedisa, Barcelona.

[O ensaio de Rebeca Baceiredo está editado por Galaxia, Vigo, 2006.](#)

